

**CUANDO UNA AFIRMACION SE
CONVIERTE EN INTERROGANTE:
¿VICO EN ALBERDI?**

(UN ENSAYO DE METODOLOGIA DEL PENSAMIENTO)

por Angel Castellan

I) Algunos recaudos preliminares.

Toda historiografía, se refiera a ideas o circunstancias, va dando forma - en esa ubicua interacción de hechos que promueven ideas, de ideas que generan hechos - a una precisa mitología. En el contexto, está siempre latente la presunta racionalidad de toda gestión intelectual. Alguna vez - aunque la verificación se dificulte por esa constancia del pensamiento occidental que pone énfasis en la distinción entre lo racional y lo irracional - ha de comprenderse la carga de afectos y sentimientos que lleva consigo nuestro aparato de ideas. Un examen atento, que haga al destino de las ideas, no puede detenerse en el consabido "toque de oído". Aunque sea frecuente, aunque se tienda a soslayar las limitaciones que le sobrevienen a cada autoridad, será siempre conveniente atender a lo que se sabe o no se sabe.

El introito viene a cuento porque suele darse por verificado - pareció, se dijo, se escribió - que podía establecerse una relación entre el joven Alberdi, autor del "Fragmento preliminar al estudio del derecho", y la doctrina jurídica de Vico, o de un Vico sin aclaraciones cuyas ideas se traducen, sospechosamente, como "filosofía de la historia". Desde luego, en una suerte de todo vale, no dejaban de entrar en cuestión

los datos esenciales de Romanticismo, categoría - como casi todas las forjadas por la historiografía occidental - dotada de singular ambigüedad. Por eso no debe extrañar que en manuales finos o gordos siga vigente el hábito de unificar lo plural, que se hable de "generación romántica" o de "Romanticismo" sin ninguna aclaración. Por eso parece prudente recordar aquí, con intención metodológica, que todo movimiento intelectual, por cuanto novedoso - sería el caso del romanticismo francés - no deja de abreviar en el "humus" de la cultura antecedente.

Si trasladamos ahora el ejemplo, hemos de ver que el romanticismo en el Río de la Plata no es más que una proyección del romanticismo francés, que por su parte se había constituido, en actitud polémica, con una suerte de rechazo-acogimiento de las ideas del siglo XVIII. De ahí que cualquier lector atento de los escritos de nuestros románticos pueda encontrar variados rasgos iluministas. Si omitimos esta verificación, que vale para ese particular momento de la cultura francesa, corremos el riesgo de resolver un problema, de suyo complejo, con una mera y arbitraria referencia al conjugar de algunos nombres.⁽¹⁾

(1) Este es un problema que no reconoce ámbitos precisos. Desde que "el mundo es mundo" -como dirían las abuelas- hemos sabido de aquello que suele calificarse como "abuso de confianza". En materia historiográfica -aunque desde luego no es la única- podemos comprobar que es frecuente citar autores no leídos: algunos se ponen en línea con una tradición intelectual, repitiendo la lección; otros, con menos pudor, se dedican a manipular citas que no han verificado en origen. Reconocer pistas, perseguir los procesos de filiación de ideas, resulta siempre una experiencia fascinante; cada vez que la inquisición historiográfica abandona el consabido terreno de las biografías intelectuales, para remitirse al análisis y consideración del modo como se formaron o forman nuestros conceptos, nuestras categorías de pensamiento, podemos advertir el eslabonamiento cronológico de autores que copian y repiten a otros autores, que no han leído ni examinado el material que alegan, porque suponen lo hizo quien los antecedió, el que, a su vez, tampoco lo hizo por la misma razón. Lo que exponemos, carente de toda novedad, viene al caso porque durante nuestra laboriosa pesquisa hemos dado con dos ejemplos de singular desenfado, que corresponden -para que no se viole la equidad- a un viejo académico y a un miembro bien conocido de la "escuela revisionista".

Traídos por el argumento hemos venido a un punto de singular interés, a una exigencia de seriedad que parece desvanecerse toda vez que traducimos una cuestión por su nombre. ¿Qué es Vico? ¿Qué entendemos decir cuando lo traemos a colación a propósito de algo? ¿Hablamos realmente de él, de su obra, de su pensamiento, o lo ponemos en términos de doctrina, reduciéndolo a esa caricatura de los "corsi" e "ricorsi" - muy mal entendidos, por otra parte - que lo convierte en "filósofo de la historia"?

Hablando de Vico en la formación alberdiana, pero en realidad preocupado por rescatar la significación intelectual de Pedro de Angelis, Fermín Chaves escribió: "claro está que Alberdi se guarda en el tintero sus lecturas de Vico si que tuvo acceso por intermediación de don Pedro de Angelis". Este proceder, que da por supuesta la ignorancia del posible lector, se apoya en unas líneas de la Autobiografía de Alberdi citadas por Lizondo Borda. Si nuestro hombre se hubiera tomado el trabajo de leer el original, habría visto que, páginas más adelante, Alberdi menciona explícitamente a Vico entre los autores de su conocimiento. Es más, si no fuera un ejemplo -casiteatral- de lo que se dio en llamar la "idea fija", habría recorrido las páginas del "Fragmento preliminar....". En el contexto -no dudamos de una inteligencia elemental- habría advertido que Alberdi maneja su Vico con independencia de los propósitos de Pedro de Angelis, a los que se refiere marginalmente. Es más, sin ser el único, Fermín Chaves convierte a Vico en un nombre, custodio de una doctrina mítica que puede llevarse y traerse a raíz de los más variados argumentos. En el fondo no se trata aquí ni de Vico ni de Alberdi sino de Pedro de Angelis, que seguramente se habría avergonzado de contar con tales defensores. [Cfr. Chaves, Fermín, *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, Bs. As., C.E.A.L., 1982, *passim*.] El otro caso se refiere a don Enrique de Gandía, cuyo afán por las afirmaciones detonantes y novedosas es bien conocido. Analizando un trabajo de Fernández de Agüero, escrito en 1799, se detiene en un párrafo que alude a la decrepitud de las repúblicas -el que va celada la vieja noción, naturalístico- aristotélica, referida a los procesos de generación y corrupción- para deducir, sin apoyo erudito alguno que Fernández de Agüero fue el primer difusor en el Plata del Pensamiento de Vico. [Cfr. Gandía, Enrique de, *Historia de las ideas políticas en la época hispana*, Bs. As., Roque de Palma Editor, 1980, pag. 335].

Con el mismo criterio, el ideólogo Fernández de Agüero podía resultar discípulo de Maquiavelo o Venini, para no salir de autores modernos. Soslayemos por creerlo un error de imprenta -o no?- el disparate acerca de la fecha en que murió Vico. Si Gandía hubiera prestado más atención al contexto en que se movían las ideas del autor que estaba considerando, tendría que haber

Estos graves interrogantes, que imponen una inquisición filológica, nos llevan a convertir al nombre - un nombre que suele venir acompañado del correspondiente aparato mitológico - en expresión de un pensamiento concreto y definido. Porque es así, porque además conocemos el cordón umbilical que sujeta Buenos Aires a París, la pregunta por Vico en Alberdi, si honesta, deberá comenzar por una pregunta acerca de Vico en Michelet. De donde, un interrogante sobre Vico en Alberdi puede convertirse en otro, que nos ilustre acerca de Vico en Francia. Como se ve, los sustantivos pueden convertirse en adjetivos, el pensamiento de alguien puede convertirse en el pensamiento de su traductor. Todo, desde luego, viniendo a completar la pervivencia de los lugares comunes de la escuela, que suelen repetirse por generaciones, que encuentran su mayor apoyatura en el funcionamiento regular de las instituciones pedagógicas.

Con estas prevenciones, según parece, nuestro tema tiende a complicarse. Obviamente, antes de un posible Vico actuando con sus ideas en el Plata, se nos impone una genealogía de Vico en Francia: su camino de arribo, su instalación, las modalidades que adopta el influjo de su pensamiento, si fuera tal. En suma, una encuesta filológica que no hubiera disgustado al solitario napolitano.

En principio, el problema a plantear deriva del tránsito de Vico fuera de Nápoles, hasta otras regiones de Italia :

pensado en Volney, con su meditación sobre las ruinas de Palmira que habría de traducir Moreno; quizá, dentro de un marco de mayor trascendencia, en el célebre "ubi sunt?", que en la poesía española inmortalizaría Menrique. Si el quehacer historiográfico no es de suyo complejo, cuando se viene a las ideas, a su filiación, a las relaciones que traban entre sí líneas de pensamiento, no todo, obviamente, depende de la buena voluntad; mucho menos de los arrestos de caballero andante.

Todavía puede uno sorprenderse, porque escribiendo Gandía acerca de la filosofía del derecho en Alberdi (Cuyo, VIII Mendoza, 1972, págs. 113-134) luego de ver a Vico donde nunca estuvo, omite mencionar esa suerte de voz pública, abonada por el protagonista, que ponía a Vico entre los autores que habían actuado sobre el pensamiento de Alberdi. A propósito se nos ocurre una reflexión: en el mundo intelectual no tiene ideas quien quiere sino quien puede; en las experiencias de inquisición filológica pueden faltar las ideas, lo que no puede faltar es la paciencia para advertirlas allí donde estén.

de Europa. El problema de Vico en Francia, al margen de lo que diremos luego, tras el explícito recuerdo de alguna idea desarrollada por Guizot, que parece confirmarse, además, por los resultados de esa particularísima y limitada traducción de Michelet. De acuerdo con ella, toda idea - generada en cualquier lugar de Europa - necesitaba de Francia para alcanzar la fórmula de su equilibrio, esa expresión "clara y distinta" - de cartesiana memoria - que permitiera su éxito conceptual y pedagógico. Lo cual no deja de implicar - más bien es un riesgo evidente - que muchas veces la claridad del pensamiento trae consigo su simplificación, una suerte de máscara del original.

Con todo, según parece, al margen de abstractismos, lo que se aprecia en el Plata es un pensamiento transmitido desde Francia, en el seno de la generación del 37. La cosa se aclara si pensamos que aquellos jóvenes, finalmente, no estaban demasiado lejos del siglo XVIII; es más, que la recepción de toda novedad tendía a ponerse en línea con la Francia de Chateaubriand y Víctor Hugo. En este caso, también, todo seguirá siendo un problema de textos, aunque sea dudosa su compatibilidad.

Decimos esto porque nada es más extraño a la doctrina filosófico-filológica de Vico que el espíritu francés. Una muestra, sería el caso, que el tema simple y común de las transmisiones literarias puede complicarse notablemente. Al margen, especialmente entre nosotros, el problema podría resolverse en términos menos complejos: por ejemplo, detectar citas, ver la posible adecuación de alguna frase. Este es el punto en que caben algunos recaudos críticos.

Un somero recorrido por esa instancia ambigua que denominamos "filosofía de la historia" - que a su vez tiene su historia - nos revela, pacíficamente, aún en nuestros días, un explícito dominio de Herder. Por otro lado, en ese difícil canal de comunicación que implica la cultura italiana en nuestros lares, Vico es una suerte de gran desconocido que pagó pecados varios: 1) Estar al margen de la moda cartesiana, cuyo espíritu pasa por ser una síntesis de la cultura francesa. 2) Su estilo, además, exhibía ciertas formas barrocas de expresión. Un modo suave de decir que era un tanto oscuro. Al

respecto son indicativas las referencias de Leclerc, que va ponderando desde Amsterdam los trabajos que le envía el propio Vico.

Si consideramos la historia intelectual del Plata lo que venimos exponiendo tiene algún sentido; de un modo especial, si tomamos conciencia de un inevitable papagaveo. Quizá por eso, cada uno de los temas propuestos puede resultar una vanidad, que puede deducirse de la cultura donde viene a instalarse un escrito determinado.

Si bien miramos, la cuestión puede desviarse a raíz de interrogantes innecesarios: preguntarse, por ejemplo, cuántos eran los hombres que en Buenos Aires estaban en condiciones de leer italiano. Con todo la cosa no admite respuestas fáciles porque, si bien es cierto que el Vico posible es un Vico que llega a través de Francia, se registran en la ciudad textos que sólo podían estar en su idioma original.^[2] Si es así, la pregunta por Vico debe variar su destino: ¿qué acontece con los autores traducidos? Desde luego, no hablamos aquí de la precisión en el manejo de la lengua, sino del espíritu. ¿Estaba Michelet en condiciones de entender a Vico? La respuesta exige, obviamente, un análisis de la formación intelectual del intérprete; es más, quizá podría ponerse de manifiesto que el espíritu francés, en general, no es proclive a esta línea de pensamiento; quizá, se haría necesario un recorrido en torno a la historia personal, afectiva e ideológica de Michelet.

[2] Al margen de una cita de Dante: "A guisa del ver primo che l'uom crede" (Paraíso, II, 45) que figura en el "Fragmento preliminar.....", y que en cada una de las diversas ediciones consultadas padece de diversas incorrecciones, lo que en concreto puede verificarse se remite a la subasta de la librería de Marcos Sastre. En la lista figuran Dante, Petrarca, Boccaccio, Boiardo, Ariosto, Buonarroti, Cellini, Maquiavelo, Tassoni, Gioia. (Cfr. Arrieta, R. A., La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño, Bs. As., Librería del Colegio, 1955, pag. 74, nota 10. También en Weimberg, F., El Salón Literario. Estudio Preliminar. Bs. As., Hachette, 1956, pag. 96, nota 122. Todos ellos, si se atiende al momento, sólo podían estar presentes en sus textos originales. Qué hacían en esos anaqueles si nadie leía italiano en Buenos Aires? Todavía, el hecho de que alguien leyera italiano en Buenos Aires, habida cuenta que Vico no figure en el listado, no implicaba que la "Scienza Nuova" estuviera a mano en el original, ni siquiera en su traducción francesa. Todo esto no deja de generar un problema subsidiario.

Sin el deseo de complicar las cosas, el problema de un posible influjo, los textos que importan, la "mente" del filósofo, dependen siempre de la capacidad del intérprete para comprender y traducir lo esencial de su mensaje. Más allá de anécdotas y detalles, lo que parecía entrar en cuestión era un conflicto entre la posible o imposible congenialidad de las culturas. Si es así, quizá Michelet no consiguió entender a Vico. En consecuencia, ¿de qué Vico hablamos en el Plata; es decir, qué Vico se hace presente en Alberdi?

Para no olvidar las sugerencias formuladas, la primera aproximación inquisitiva debe referirse al camino que recorre desde Nápoles la obra de Vico, en particular la "Scienza Nuova". Detectar la marcha de las ideas - especialmente cuando se trata de ideas marginales, sospechosas al estatuto científico-filosófico vigente - será siempre una tarea ardua. Entre otras cosas, porque hay largos silencios para todos aquellos que no acompañan la moda vigente; aunque también, sin embargo, un notorio proscrito puede llegar al escenario, convirtiéndose - a través de una ideología que sucede a otra - en una tediosa reiteración de lugares comunes. En estos casos se da lo que Croce llamó, agudamente, "contemporaneidad de lo histórico". Si es así, la ilustración correspondiente quedó a cargo del romanticismo francés y, no podía ser de otro modo, su minúsculo sufragáneo a orillas del Plata.

Esta, que parece una aséptica incursión intelectual, trae consigo evidentes connotaciones políticas. La obvia importancia de Alberdi en la formación de nuestro constitucionalismo, puede convertirse en estímulo para entender y apreciar los valores filológico-filosóficos que subyacían en el trasfondo de sus escritos fundadores.

En suma, qué hay de Vico más allá de referencias o magras citas; al mismo tiempo, ¿no será que el Vico referido no es más que un Vico transpuesto, una suerte de apoyo formal a ideas que jamás suscribiría? ¿No será, interrogante subsidiario, que Vico sólo se remite a su actualización - dudosísima, por otra parte - operada por el romanticismo francés, poniéndolo a la par de un Herder que tuvo siempre mejor prensa? Finalmente, aunque el interrogante parezca banal, ¿no será que todo el problema pende de la entrañable amistad entre Michelet

y Quinet.^[3] ¿No será, interrogante de última, que nunca se sabrá bien cuanto de Vico o de Herder hay en Michelet? A partir de ahí, pregunta final, ¿qué hay de Vico en Alberdi? También, porque tiene su miga, ¿qué hay de Vico en Echeverría, en otros jóvenes de su generación?^[4]

II) La fama de Vico antes de su muerte.

a) El prólogo.

Para no alterar el programa anunciado, la primera pregunta versa sobre el destino de Vico fuera de Nápoles antes de 1744. De acuerdo con nuestro propósito, conviene tener en cuenta que su obra alcanza relieve en los medios

[3] La suposición deja de ser si atendemos explícitas referencias de Edgar Quinet, quien no vacila en detener al recuerdo de su formación intelectual en 1825. Fecha en la que traba relación con Michelet. [Cfr. Histoire de mes idées. Autobiographie, 7^{me} éditión, Paris, Librairie Hachette, s/f., pag. 252. Por eso es que su actividad de traductor, referida a Herder, debe ser recogida en el estudio de su viuda, que de algún modo acompaña y sirve de complemento al texto anterior.

[4] No deja de ser interesante apuntar, en lo que hace al clima conceptual siempre político-ideológico -para qué engañarnos?- las ilusiones despertadas por los cambios del 48, la mentada "revolución de Febrero", que traía consigo -para Echeverría- la presunción que Vico había puesto la semilla del pensamiento de Saint-Simon, reiterando nociones que se habían difundido desde el Inicador de Montevideo. Dicho así, la dialéctica de las ideas puede configurar un caso de indigestión. Con todo, si volvemos a plantear aquí el problema de las "lecturas", quizá la cosa no parezca tan fuera de lugar. Si en términos contemporáneos, por parte de Croce, Gentile y Nicolini, desde variados ángulos, se propuso una lectura hegeliana de Vico, por qué no pensar en una posible inserción dentro del pensamiento iluminista aún, dentro de ese apéndice obligado que es la Ideología. Tendríamos así un Vico próximo a los estímulos que llevaron a constituir una ciencia social, que pretendía ser una suerte de llave maestra para comprender el destino de la humanidad. Esto sospechaba ya el viejo Carlo Cantoni, G. B. Vico. Studi critici e comparativi, Torino, Civelle, 1867. En nuestros días parece confirmarlo Sergio Moravia, Vichismo e "ideologie" nella cultura italiana del primo Ottocento, en Omaggio a Vico, Napoli, Morano Editore, 1968. Espec. pags. 472 ss.

intelectuales de Venecia y Lombardía, aunque no simultáneamente. Con todo, sin abusar de lo observado, el tránsito de Vico hacia Francia, que interesa aquí por Michelet, por Echeverría, por Alberdi y otros, debe ser prolijamente determinado.

Viniendo al tema, ese despegar de Vico, que comienza con el "Diritto Universale", se iría concretando con la primera "Scienza Nuova". Para el caso, es interesante consignar el acogimiento veneciano que puede recogerse en los nombres del abate Antonio Conti, del Padre Carlo Lodoli, y del conde Gian Artico di Porcia. Debe suponerse que si interesan los círculos del norte de Italia en la difusión de la obra de Vico es porque, de un modo u otro, facilitan la comunicación trasalpina.

Al margen del frustrado intento de una edición veneciana de la "Scienza Nuova", que curase los defectos tipográficos de los ejemplares impresos en Nápoles, - que se habría enriquecido, además, con una exposición preliminar en la que Vico, ampliando, aclarase aspectos de su doctrina, sin omitir anotaciones complementarias - lo que reviste un particular interés para nuestro argumento se refiere a Antonio Conti. En realidad, a su cómodo manejo de las relaciones públicas dentro de la Europa iluminista, a su condición de activo corresponsal con los círculos intelectuales de Francia e Inglaterra. Todavía, en el rastreo del tránsito hacia el norte de Europa conviene anotar alguna huella que suele pasar desapercibida: por ejemplo, el envío de la "Scienza Nuova" a Newton, los explícitos comentarios de Leclerc - que también recibirá luego el libro capital - sobre partes del "Diritto Universale". Es Vico mismo, en este caso, el que los traduce del francés.

Tenemos así corrientes subterráneas que promueven algún interrogante: qué fue de ese resumen-comentario que Antonio Conti envió a Francia, quién o quiénes lo recibieron, ¿cuál fue su difusión en determinados ámbitos? Habida cuenta de la creciente universalización del francés, hasta dónde circularon los comentarios de Leclerc, que escribía desde Amsterdam, centro no provinciano por cierto? La solución de estas incógnitas podría develar el conocimiento de Vico en Francia antes de lo tradicionalmente establecido; incluso,

vendría a explicar la presencia de citas, a la letra, que no se entienden dentro de la cronología oficial.

b) El problema de las relaciones entre Vico y Montesquieu.

Para comenzar, en este acápite, que hace a precisos interrogantes acerca de la presencia de Vico en Francia, un capítulo que sólo se apoya en conjeturas. De acuerdo con lo ya insinuado, explícitas manifestaciones de Antonio Conti, en carta a Vico, dan cuenta que el Abate había creído oportuno enviar a Francia un resumen de la primera "Scienza Nuova". De esa gestión lamentablemente, no se conservan noticias: a quién se dirigió, quienes pudieron leerlo, dónde se conservó el envío, nadie puede decirlo hoy!⁽⁵⁾

Sin embargo, parece que Antonio Conti no quedó sólo en buenas palabras: recibiendo la visita de Montesquieu, le indicó la conveniencia de tomar contacto con la obra de Vico. Este es un punto en el que desmayó luego el sentido crítico, porque no fueron pocos, a pesar del silencio del interesado, los que convirtieron la referencia en una afirmación dando por bueno que Montesquieu había tenido en sus manos la "Scienza Nuova".

Algunos -caso Lerminier- encontrando o creyendo encontrar similitud entre las doctrinas de ambos, llegaron a reprochar un silencio que de hecho convertía a Montesquieu en plagiaro.⁽⁶⁾ Más en nuestros días, otros -caso Benedetto Croce y Epígonos- avanzaron indicaciones más precisas, colocando a la "Scienza Nuova" en la biblioteca del castillo de La Brede. Este es un punto de interés, porque nos muestra como gran parte de los conocimientos que manejamos se apoyan en la imaginación -desde luego en la autoridad- de

(5) Las referencias a la iniciativa de Antonio Conti las tenemos en G. B. Vico, *L'Autobiografia. Il Carteggio e le Poesie Varie*, 2da. ediz. riveduta e aumentata, a cura di B. Croce e F. Nicolini, Bari, Laterza, 1928. 66. Sobre el comentario de Leclerc. *Ibid.*, pags. 94-104.

(6) Lerminier, E., *Introduction generale a l'histoire du droit*, 2eme. édition, Paris, 1835, pags. 220 ss.

alguno; además, porque pone en evidencia que no hay en la tarea de saber ningún espíritu privilegiado: de tanto en tanto, como reza el viejo adagio latino, ¡también Homero puede dormir!

Por si alguien duda véase lo explícito del texto de Croce: "Está ya probado que en 1728 Antonio Conti en Venecia aconsejó al futuro autor del *Espíritu de las Leyes* (como resulta de los diarios de este último) que comprara en Nápoles el libro de Vico: consejo que fue ciertamente seguido cuando Montesquieu fue a Nápoles el año siguiente, porque un ejemplar de la *Ciencia Nueva*, en la edición de 1725, se conserva en la biblioteca del castillo de La Brede".⁽⁷⁾ Desde luego no es todo, porque los malos ejemplos —cuando los da quien puede— suelen ser prolíficos. Fausto Nicolini, cuya autoridad de editor nadie pondría en duda, registra y amplía: "Se sabe en cambio —alude al desconocimiento en torno al destino del resumen de Conti— que, casi al mismo tiempo que escribía a Vico, indicaba a Montesquieu la "*Ciencia Nueva*", en el momento (1728) que pasa por Venecia, y que llegado a Nápoles (1729) compró (si acaso no le fue obsequiado por el mismo Vico) un ejemplar de la obra, que se conserva todavía en el castillo de La Brede". Como puede verse, la referencia crociana se amplía y enriquece: a partir de la imaginación de Nicolini, Vico y Montesquieu podrían haber compartido, incluso, alguna "bicchieratta".⁽⁸⁾

Como el concepto de autoridad sigue vigente, más allá del paso del tiempo, puede extrañar que Paul Hazard o Chaix-Ruy vengan a repetir lo mismo, reiterando, de paso, lo que ya había molestado a Lerminier: ¿por qué ese silencio acerca de la obra de Vico, cuyo conocimiento todos le atribuían?⁽⁹⁾ Casi siempre la realidad es un poco distinta a lo imaginado por los empeñosos y entusiastas comentaristas.

(7) Croce, B., *La filosofia di G. B. Vico*. Bari, Laterza, 1965, pags. 283-84.

(8) Nicolini, F., *Annotazioni*, en G. B. Vico, *L'Autobiografia*, op. cit., pag. 124.

(9) Rosso, C., *Vico e Montesquieu*, en *Omaggio a Vico...* op. cit., pag. 306, notas 3 y 4.

De acuerdo con el análisis de Corrado Rosso,^[10] que hemos de seguir para esta cuestión, Robert Shackleton (Cfr. Montesquieu. A Critical Biography, Oxford, 1961, pags. 114-16) indica lo siguiente: a) Es posible que Montesquieu tuviera la intención de conseguir la obra de Vico. b) Se abre un interrogante sobre la compra efectiva del libro. c) Finalmente, ¿estaba o no la "Scienza Nuova" en la biblioteca de La Brede? De los tres interrogantes sólo parece quedar en pie el primero, a través de un apunte que puede encontrarse en su diario de viaje: "acheter a Naples: Principii d' una nova Scienza di Joan Batista Vico, Napoli". Conociendo el modo de ser de Montesquieu no es indicativo que omitiera referencias a un posible encuentro con Vico en Nápoles; tampoco, que no lo mencione entre los principales hombres de ciencia en Italia, cosa que hace respecto de Conti, Galiani y Muratori. A partir de ahí, que haya visto a Vico, que haya conversado con él, es una posibilidad que no se apoya en prueba alguna. Esto no obsta para que, al margen, pudiera haberse dado una relación a través de amigos comunes. Tal podría ser el caso de Paolo Matteo Doria, del que Montesquieu conocía su escrito sobre "La vita civile". Con todo, hay algo que no puede ignorarse: el biógrafo inglés de Montesquieu, que encontró en La Brede el catálogo de la biblioteca, nos asegura que allí no estaba registrada la obra de Vico, aunque sí, de acuerdo con lo indicado, la de otros eminentes napolitanos contemporáneos.

Dado que nuestro tema hace al ingreso de Vico en Francia, esta primera posibilidad deriva hacia una frustración. Sin embargo, a juzgar por los datos posteriores, debió haber un canal de comunicación; aunque, razonablemente, haya escapado a los instrumentos de detección tradicional.

III) La fama de Vico luego de su muerte.

a) Vico, Goethe y la Europa del Norte.

Más allá de filias y de fobias, no hay duda que la obra

[10] *ibid.* pags. 307 ss.

de Vico había trazado en el sur de Italia algunas huellas. Hay ocasiones en que las notas al pie de página pueden indicar un interés; en todo caso, la presencia de ideas capitales, aludidas para confirmar el desarrollo de algunos conceptos. Tal sería el caso de la relación entre Vico y Filangieri; tal sería el caso, además, no sólo de notas al pie de página sino de un preciso respeto por la doctrina de un pensador cuya importancia se intuye, aunque no se le termine de entender. Esta, por lo menos, es la imagen que traduce Goethe a raíz de sus conversaciones con Filangieri.

El capítulo Filangieri, por así decir, admite diversos acápites: por un lado el conocimiento de Vico que se expresa en definidas citas que recoge en las notas de su obra mayor;^[11] por el otro, que haya conseguido interesar a Goethe, señalándole la importancia de la obra de su paisano; finalmente, que a raíz de su obra, y del elogio que tejería luego Francesco Salfi, Vico pareció entrar en el ámbito de la cultura francesa en los alrededores de 1820.

Aunque Goethe resulte de algún modo marginal a nuestro tema, la referencia interesa por ser el corresponsal obligado de hombres como Herder, que ingresa a través de la relación afectiva que liga a Michelet con Edgar Quinet. En su "Viaje a Italia", con fecha 5 de marzo de 1787, Goethe anota: "Deseo en síntesis referirme a una personalidad superior, conocida en estos días, el caballero Filangieri, conocido por su obra sobre la legislación (.....) me hizo conocer a un viejo escritor, en cuya inextinguible profundidad estos nuevos legisladores italianos encuentran alta materia para el entusiasmo y la edificación: se llama Gian Battista Vico y ellos lo anteponen a Montesquieu. En una recorrida de su obra, que me fuera presentada como una reliquia, me pareció ver en ella presentimientos sibilinos de lo bueno y lo justo que algún día reinarán o deberán reinar sobre esta tierra, presentimientos fundados sobre una austera meditación de la historia y de la vida. Es cosa bien digna que una nación posea a tal patriarca. Para nosotros los alemanes una biblia semejante será algún día

[11] *La scienze della legislazione di Gaetano Filangieri. precedute da un discorso di Pasquale Villari. Firenze. Succesori Le Monnier, 1872. vol. II. pag. 256. notes 1 y 3.*

Hamann".⁽¹²⁾ Aunque aparentemente nos desvie de la cuestión, es de sumo interés esta indicación de Goethe; entre otras cosas, porque, medidos los hombres, si alguien como él sólo consigue una dudosa aproximación, ¿qué se puede esperar de los demás? En esta línea del argumento, el comentario de Goethe es casi un preanuncio de algunas exégesis posteriores. Como dato que obliga, podemos anotar que Herder y Hamann, visto el silencio de Goethe en su correspondencia, debieron interesarse en Vico por su cuenta. En el contexto del problema es posible que Jacobi haya tenido mejor suerte. Al margen, la posible relación con Vico —directa o indirecta— no significa que se le haya apreciado en el núcleo de su obra.

b) Vico en Francia antes de Michelet.

Una suerte de lugar común nos indica que Vico se abre paso en Francia a raíz de algunos trabajos de Francesco Salfi, que corresponden al período 1818-1826. Se trata de lo publicado en la *Revue Encyclopedique*, (1819-20) en "Elogé de Filangieri", que precede la traducción al francés de sus obras, (1822) y, finalmente, su Resumen de la historia de la literatura italiana. (1826). Con todo, vista la cronología que se indica, no deja de llamar la atención una cita precisa de Joseph de Maistre, que aparece en su "Considerations sur la France", obra publicada en 1796. Las expresiones del autor no dejan lugar a dudas. Luego de indicar que no existe familia soberana a la que pueda asignarse un origen plebeyo, apoya en nota: "Un sabio italiano ha hecho una singular observación. Tras haber hecho notar que la nobleza es la guardiana natural y como depositaria de la religión nacional, y que este carácter es más evidente a medida que nos elevamos hacia el origen de las naciones y de las cosas, añade: "Talche dee esser' un grand segno, che vada finire una nazione ove i nobili disprezano la religione natia". (Vico, Principi d' una Scienza nuova, L, II). Cfr. Joseph

(12) Sobre el particular puede verse: Giusso, L. La tradizione ermetica nella filosofia italiana. Roma, Fratelle Bocca, s/f.. page. 185-86. También, Marone, G.. Goethe e l'Italia, en Estudios Germánicos. N°9, pags. 78-79, Bs. As.. F. de F. y L. 1949.

de Maistre, Consideraciones sobre Francia. Estudio Preliminar de Rafael Gamba, vers. española de C. Gutierrez de Gamba, Madrid, Rialp s. A., 1955, pag. 226, nota 64).

La duda puede insinuarse porque, al margen de lo dicho más arriba acerca de Antonio Conti y Leclerc, se nos hace presente el célebre abate Ferdinando Galiani. Este, refiriéndose a la posible derivación de las ideas de Nicolás Antonio Boulanger, cuya "L' Antiquité dévoilée" se vincula conceptualmente con la "Scienza Nuova", lo hace explícito en dos cartas dirigidas, respectivamente, a Tanucci, (22-XII-1766) y a su entrañable amiga Mme. de Epinay. (24-IV-1773) Cfr. Fausto Nicolini, Gli ultimo anni de la signora d'Epinau. Lettere inedite all'abate Galiani (1773-82), Bari, Laterza, 1933, pag. 244).

Del mismo modo, de acuerdo con otra indicación de Nicolini, habría abrevado en la obra de Vico Constant de Gibelín. Siempre en torno a lo mismo, el comentarista nos advierte acerca del interés que habría tenido Fauriel por la obra de Vico a principios del siglo XIX. Así escribe: "Conviene indicar aquí que, desde el comienzo del siglo XIX, la fama de Vico, cruzando los Alpes, penetraba en Francia, donde el primero que estudió su pensamiento directamente sobre los textos fue Claudio Fauriel, (1772-1844) el conocido amigo y corresponsal de Manzoni. (Cfr. Principi di Scienza Nuova. A cura di F. Nicolini, Torino, Giulio Einaudi Editore, s/f., I, pag. XVI.

El respeto que merece F. Nicolini en esta materia nos llevó a revisar la correspondencia de Manzoni con Fauriel. Dada la vinculación que Manzoni tuvo con la obra de Vico, sobre el que escribió una comparación con Muratori, -tema constante en las preocupaciones del romanticismo italiano-^[13] y el interés de Fauriel que nos indica Nicolini, resulta extraño que en el intercambio epistolar no haya ninguna referencia a la obra del napolitano; es más ni siquiera se le nombra. ¿Será ésta otra de las tantas referencias "par oïi dire"? (Cfr. Epistolario di Alessandro Manzoni, raccolto e annotato da

[13] Cfr. Borgese, G. A., Storia della critica romantica in Italia. Milano, Mondadori, 1940, passim. También Getto, G., Storia delle storie letterarie. Firenze, Sansoni, 1959, passim.

Giovanni Sforza, Milano, Paolo Carrara Editore, 1882)⁽¹⁴⁾

Si algo hemos aprendido en esta inquisición es, sin duda alguna, a ser cautelosos. ¿Si las autoridades "se desmoronan" qué no decir de los otros? Todo esto viene a cuento porque resulta ya demasiado evidente que hay un Vico cuyo conocimiento en Francia, por lo menos dentro de determinados círculos, no había aguardado la intervención de Salfi. Desde luego -si esto puede decirse en términos académicos- no era un Vico puesto en moldes pedagógicos; es decir, "popularizado". La iniciativa, al respecto, correspondería a Jules Michelet.

c) El Vico de Michelet.

Como no hay historia que pueda repetirse luego de haber sido escrita, los mismos críticos italianos admiten que la difusión de la obra de Vico -"caricatura"-al margen no puede prescindir del empeño de Michelet. Esta verificación, sin duda, habría satisfecho a Guizot; entre otras cosas, porque su aserto no era totalmente arbitrario.

Y bien, como Michelet es en nuestro tema una presencia obligada, vengamos al punto. Para esto no podemos dejar de ir recogiendo indicaciones y referencias biográficas que nos hayan situado en el centro de la cuestión. Procediendo en los términos cronológicos que hacen la delicia de nuestro

[14] En rigor, tampoco F. Nicolini -sin que esto disminuya en nada su autoridad como editor de Vico- es demasiado confiable en lo que hace a referencias que tengan que ver con la difusión y trascendencia del pensamiento viquiano. Al margen de lo ya indicado respecto de las posibles vinculaciones entre Vico y Montesquieu, en su último trabajo introductorio [Cfr. G. B. Vico, *Principi di scienza nuove*. A cura di F. Nicolini, Torino, Giulio Einaudi Editore, s/f, t. I, page. XV ss.] no se muestra mejor informado respecto de otras cuestiones. a) No menciona, ni desde luego discute, la intervención que se atribuye a Victor Cousin en el estímulo de la relación Vico -Michelet y Herder-Quinet. b) No figura Thierry en la enumeración de aquellos autores que no simpatizaban con Vico en Francia. c) Equivoca la fecha de la llegada de Pedro de Angelis al Plata. d) Equivoca la fecha del nacimiento de Echeverría. e) Ignora la fecha de la muerte de V. F. López. f) Presenta a Mitre como el "detronezzatore del Rosas". Toda su información parece depender de los trabajos de Renato Treves e Ignacio Weiss.

oficio, comenzaremos por E. Lerminier, que creyó del caso llamar la atención sobre los límites del trabajo de Michelet. Así, en una nota que no deja lugar a dudas, opuso las columnas del debe y el haber: "Michelet, por medio de su elegante traducción, hizo posible en Francia el conocimiento de Vico. Quizá se deba lamentar que no haya creído oportuno traducir por completo la vida y la obra de Vico, cuya originalidad se presta poco a cortes y resúmenes".⁽¹⁵⁾

Confirmando, Jules Simon nos habla de una traducción abreviada de la "Scienza Nuova", en 1827. La considera como una indicación de las tendencias de su espíritu, con una salvedad que nos pone en la pista del posterior destino de la obra de Vico: "Vico no creó la filosofía de la historia. El no es el primero que pretendió someter los acontecimientos a una lógica superior a la voluntad de los hombres (...) y viene a recordar: "La humanidad se crea a si misma por la acción continua y concordante de las voluntades".⁽¹⁶⁾

Luego, Gabriel Monod, discípulo y biógrafo reverente, nos indica una etapa de su vida en la que Michelet comienza a prestar atención a la filosofía del lenguaje, la historia de las ideas y la filosofía de la historia, de donde puede deducirse una cierta necesidad que lo lleva al estudio de Vico, al que traduce en 1827. La historia se le presenta en ese momento como una lucha entre la libertad y la fatalidad.⁽¹⁷⁾

Más cerca nuestro, en su tesis doctoral, Mary-Elisabeth Johnson, acredita algunos datos complementarios. En 1824, Michelet conoce a Victor Cousin. Estimulado por él, comienza a estudiar la obra de Vico, de la que publicará, en 1827 una traducción de la "Scienza Nuova". Dentro del grupo que rodea a Cousin, Michelet traba amistad con Edgar Quinet, que está absorbido por el estudio de Herder. Según nos dice, Michelet cree encontrar en Vico ideas y sentimientos que latían en su espíritu. Nuevamente aquí, como indicación de la fuerza

(15) Lerminier, E., op. cit., pag. 209, nota 1.

(16) Simon, J., Mignet, Michelet, Henri Martin, Paris, Calmann Lévy, 1890, pags. 168-70.

(17) Monod, G., Renan, Taine, Michelet, Paris, Calmann Lévy, s/f., pags. 191-94.

que el concepto adquirirá en Michelet, vuelve a recordarse esa suerte de dudoso resumen de la "Scienza Nuova" que puede expresarse así: "La humanidad se hace a si misma. Dios actúa sobre ella pero mediante ella. La humanidad es divina, pero no hay hombres divinos".^[18]

Aunque anterior en el tiempo, traemos luego a Camille Jullian por la significativa importancia del papel que se atribuye a Victor Cousin. En lo que antecede, su influencia queda reducida a términos vagos e imprecisos. Aquí, por el contrario, se le atribuye el haber llamado la atención de Quinet y Michelet en torno al movimiento intelectual de Alemania, que habría de complementarse con un estímulo para tener en cuenta la obra de Vico. Es más, es el mismo Cousin —en la Introducción de su curso de filosofía— el que da noticias acerca de la obligada vinculación entre Vico y Herder. Luego de referirse al segundo, de un modo que no deja lugar a dudas, añade: "Ese ardiente amor por la civilización en Herder, es llevado hasta el entusiasmo en Vico. El entusiasmo no está en la forma sino en el fondo.... Yo me felicito a mi mismo por haber dado ánimo a mis dos jóvenes amigos, Michelet y Quinet, para que dieran a Francia Vico y Herder".^[19] Que sepamos, esto no fue nunca

[18] Johnson, M. E., *Michelet et le Christianisme*, Paris, Nizet, 1955, pags. 21-22. Conceptos semejantes encontramos en otros autores: "Recibió a continuación la influencia de Victor Cousin, poniéndose con él en la escuela de los escoceses y alemanes. Finalmente se apartó de los grupos en pugna, donde faltaba el aire, y se instaló en las altas cimas de la filosofía de la historia, junto a Vico". [Cfr. Alfarié, A., *Laromiguière et son école. Etude biographique*, Paris, Les Belles Lettres, 1929, pags. 122-23. En la misma dirección "Michelet buscando con cierta angustia la ley de los hechos que debía aclarar la marcha de la historia, la encontró en Vico (...) y se verá la admiración que profesa por la ley de los tres edades y la revelación de una sabiduría que se inscribe en los hechos, de modo que puede leerse en las lenguas nacionales, en las religiones, en la historia". [Cfr. Hazard, P., *Les influences étrangères: le Midi*, en AAVV, *Le romantisme et les lettres*, Paris, Montaigne, s/f., pag. 78-79].

[19] Jullian, C., *Notes sur l'histoire en France au XIXe. siècle*, en *Extraits des historiens français du XIXe. siècle*, Paris, Hachette, 1896, pags. XXXI-XXXIII. Las vinculaciones de Victor Cousin con el movimiento intelectual italiano de su tiempo fueron indicadas por Giovanni Gentile [Cfr. "Vittorio Cousin

rechazado por los dos amigos. Si es así, ¿por qué otros ignoran el texto, ponen en duda la influencia de Cousin, y nos remiten a otros condicionantes? Este, que comenzó como un simple ejercicio, casi escolar, se va tornando, por etapas, en una inquisición sobre el misterio! Quizá todo se aclare si recordamos algunas prevenciones de nuestra introducción: ni siquiera los mayores nombres, de tanto en tanto, se eximen de proceder "de oídas", o, puede ser el caso, de manejar textos de dudosa confiabilidad. No queda tampoco excluida, como también se dijo, una prolija lista de autores que repiten a otros sin ninguna consideración crítica. Con todo, se dan a veces referencias, que complementan a otras, que pueden resultar indicativas. No se trata ya de identificar huellas, carriles de transmisión o genealogías intelectuales; sí, en cambio, determinar en que medida alguien, de autoridad mayor o menor, entendió o pudo entender de qué se trataba.

En nuestro mundo intelectual, un tanto desválido en lo que hace al sentido crítico, los nombres -en este caso la hilación de nombres -suelen constituir una precisa mitología que puede identificarse; no sólo, una mitología en la que los dioses hablan un lenguaje equivocado. La observación nos fue sugerida por una lectura de Thierry, del que se olvidó Fausto Nicolini en su minuciosa nómina de los "adversarios" de Vico en Francia. El texto es bien explícito: "En una ciencia que tiene por objeto los hechos reales y los testimonios positivos, se ha visto introducir y dominar métodos tomados de la metafísica, la de Vico, por la cual todas las historias nacionales están creadas a imagen de una sola, la historia romana, y ese método venido de Alemania que ve en cada hecho el signo de una idea, y en el curso de los acontecimientos humanos una perpetua psicomaquia. La historia ha sido así arrojada fuera de sus propias vías; ha pasado del dominio del análisis y de la observación exacta al de las audacias sintéticas". (Cfr. A. Thierry, Consideraciones sobre la historia de Francia, trad. de Nélica Orfila, Bs. As., Nova, 1944, pag. 156).

Le acompaña en este juicio Villemain, que al referirse a Michelet -cuya mente y operaciones sin duda subyacen

e l'Italia", en Albori della Nuova Italia. Varieta e Documenti. Parte Prima. Lanciano, Carabba Editore. s/f.. page. 123-50).

en el texto de Thierry- acota lo siguiente: "Generaliza ciegamente un hecho minúsculo quizá inexacto, crea razas, tal la Celto-helénica, todo lo exagera. Arroja en la historia girones de metafísica alemana, ensoñaciones místicas que resultan antipáticas a la historia. No muestra visión política, delira en arquitectura, y no obstante abunda en talento, colorea con viveza, tiene gracia y fuego". (Cfr. A. Augustin-Thierry, Les "recits des temps mérovingiens", Paris, Edgar Malfere, Editeur, 1929, pag. 76).

Esto que anotamos se refiere a Michelet en dos niveles diferentes: a) porque se alude a la influencia negativa que Vico habría ejercido en el campo historiográfico. b) porque el Vico aludido es un Vico visto a través de Michelet, entendido como "metafísico" o "filósofo" de la historia.

II

Hasta el momento todo parece una reiteración de lugares comunes: un Michelet que auto-atestigua o un Michelet referido por otros. Desde luego, porque esto suele no faltar en los avatares de toda historia intelectual, un Michelet al que damos por bueno. Sin embargo, desde 1959, la confianza establecida en torno a los "diarios" y "memorias" de Michelet parece alterarse. Nos referimos a la edición crítica que Paul Viallaneix dedicó tanto a los "Ecrits de Jeunesse", que llegan hasta 1829, (Paris, 1959). Como al "Journal", que alcanza a 1860. (Paris, 1959). De este concienzudo trabajo surge que Mme. Mialaret, viuda del historiador, habría manipulado las memorias y notas de su marido, alterando referencias y sustituyendo diversos pasajes. Esta verificación, como puede suponerse, viene a complicar un tanto lo que la exégesis tradicional había aceptado pacíficamente. A partir de aquí, por su particular interés -aunque no ignoramos que dista de resolver todos los problemas- seguiremos la erudita monografía de Guido Fasso.⁽²⁰⁾

[20] Fasso. G., Un presunto discepolo del Vico: Giulio Michelet, en Omaggio a Vico, op. cit., pags. 485-550.

Como ya se vio en lo anotado por Thierry, que venía a confirmarse en Villemain, Vico -un Vico que con frecuencia se hace anticipo o sinónimo de Herder o de Hegel- deberá resignarse, a partir de Michelet, a recitar un libreto que sin duda jamás habría suscripto. Si por un lado se beneficia a raíz de esa particularísima traducción, difundiéndose en los medios cultos de una Europa siempre atenta a las novedades que procedían de Francia; por el otro, su destino se pliega al cumplimiento de funciones que estaban muy lejos de sus propósitos; es más, como en la vida intelectual no se resiste a la tentación de citar autores que nunca fueron leídos, es muy posible que el Vico de los manuales, el Vico que se agota en la parodia de los "corsi" e "ricorsi", sea una criatura de Michelet que vino a madurar definitivamente entre sus epígonos. Lo que se aclara tiene sentido si nos hacemos cargo de las diversas funciones que cumplió la obra de Vico. Para unos interesaba por haber convertido en problema el "descubrimiento del verdadero Homero"; para otros, su autoridad se remitía a la historia y evolución del derecho, sin que falte en aquellos expectantes de una "filosofía de la historia", que se hacía fuerte en los consabidos "corsi" e "ricorsi".

La siguiente pregunta versa en torno a la responsabilidad que tuvo Michelet en la configuración de esa dudosa herencia que, aún hoy, de algún modo manejamos. Aquí, contra lo que puede suponerse, el posible análisis escapa a la indagación erudita para situarse en una necesaria consideración de la "forma mentis" de Michelet, que trae consigo -como acápite no ocioso- una pregunta de singular importancia sobre el romanticismo francés. Según parece, estamos de nuevo aquí ante los "molinos de viento", viniendo nosotros a representar las dudas y vacilaciones del hidalgo manchego.

Todo prójimo que anda por la calle -especialmente si pudo con la escuela secundaria- no deja de exhibir y manejar un aparato de ideas, de fórmulas, que suelen revestir un indudable perfil y claridad. En el contexto, todo lo que se define como "romántico" está o debe estar -como una obligación de los que no desean quebrar las reglas del juego- en oposición lineal a los ideales de la Europa iluminista. Desde luego, en este esfuerzo de simplificación, como en otros, sólo hay un

romanticismo; es decir, ni siquiera se plantea como problema a considerar la posible relación entre lo viejo y lo nuevo. Si venimos al punto, aunque contradiga a nuestros hábitos escolares, el "romanticismo francés" no es el Romanticismo; aún, el romanticismo francés no podría ser comprendido al margen de sus relaciones con el programa iluminista. La oposición entre sensibilidad romántica y pensamiento del siglo XVIII puede resultar un lugar común. En todo caso, si se trata de Francia, ¿cuál es su fundamento? Estos interrogantes, un tanto inusitados, deben ponerse en relación con nuestro problema: ¿estaba Michelet en condiciones de entender a Vico? Quizá la pregunta deba formularse desde un doble contexto: ¿podía entender a Vico, en cuanto no dejaba de ser un heredero natural del siglo XVIII; podía entender a Vico, en cuanto el hombre Michelet lo plegaba a sus entretelas afectivas? Como la historia del pensamiento de un autor no puede olvidarse de las etapas cumplidas en su desarrollo, parece evidente que no hay un único Michelet. Para lo que aquí puede interesarnos hay un Michelet joven que siente, casi invenciblemente, el atractivo de Vico. ¿De qué Vico? Esta es la cuestión, por lo menos toda vez que los problemas son ignorados, o se presentan como ignorados!

De acuerdo con los textos que nos facilita el protagonista: "salí del siglo XVIII, me separé de él por un momento, para volver allí siempre".⁽²¹⁾ ¿Y Vico, sería el interrogante? En este caso, Vico sólo puede ser un episodio erudito, una suerte de justificativo para que se plantee el "cuadro-esquema" de una historia universal. En otro orden de cuestiones, Vico venía a expresar -para Michelet- una imaginada Italia no cristiana. En síntesis, Vico dejaba de ser un pensamiento, un propósito, una obra, para convertirse en un símbolo del credo de Michelet, tanto más iluminista a medida que iban pasando los años.

Si repasamos los testimonios de Jules Simon y de Monod, Michelet lee a Vico -como ha de ser razonablemente, por otra parte- en un momento en que su espíritu siente la inclina-

[21] Michelet. J., Journal I. Paris, 1959, pag. 657. Cit. por Fasso, G., op. cit., pag. 490.

ción por problemas cuyo espectro, multiforme y colorido, parece una suerte de reflejo de las variadas franjas que custodia la obra de Vico, de un modo particular la "Scienza Nuova". Esto, sin duda, ha de pesar luego en el recuerdo, construyéndose algo así como un mito de juventud vinculado a los "años de formación", con total independencia del sesgo que fue tomando su pensamiento en los años maduros, especialmente luego de la crisis de 1840-43, y de las batallas ideológicas que libró junto a su amigo Quinet. A partir de esta experiencia -decisiva en su pensamiento y en su obra- Michelet retomó de algún modo la contextura iluminista de su "forma mentis", de su verdadero modo de ser y de sentir, un tanto adormecido en los años juveniles. En esta línea de problemas, parece perder importancia la determinación de quién fue el inspirador que le llevó a la doctrina de Vico, que sigue siendo, de todos modos, un episodio oscuro y confuso. Por un lado, tenemos la versión canónica -que abonó el mismo interesado- según la cual Victor Cousin había impulsado a los dos amigos para que se ocuparan de Vico y de Herder; por el otro, sus papeles- manipulados por la viuda -denunciarían la influencia de los comentarios de Francesco Salfi, junto con otras indicaciones que se autodescalifican por flagrante anacronismo; finalmente, por así decir, en el Río de la Plata se puso de manifiesto la colaboración que le habría prestado- durante su estada en París- Pedro de Angelis. Al respecto, nos genera algún desconcierto que Guido Fasso, en su completa monografía, haya omitido, hablando de motivaciones e impulsos, toda referencia al andariego y ubicuo napolitano, mencionado explícitamente en las exposiciones introductorias que Michelet antepuso a su traducción.^[22]

[22] Ibid., pags. 495-97. Las expresiones de Michelet no dejan lugar a dudas: "el señor caballero de Angelis, autor de trabajos inéditos sobre Vico, tuvo a bien comunicarnos la mayor parte de las obras italianas que nosotros extractamos o citamos: es, en verdad, un raro ejemplo de esa liberalidad de espíritu que comparte todo con aquellos que se ocupan de las mismas materias. Es difícil reconocer un tan grande desinterés, pero nada puede borrar su recuerdo". [Cfr. Avis du traducteur, en Principes de la Philosophie de l'Histoire traduits de la Scienza Nuova de J. B. Vico, par Jules Michelet, Bruxelles, Louis Houman et Comp. Libraires, 1835, pags. 7 y 8. Más adelante, Michelet pone a Pedro de Angelis junto a Cataldo Jannelli entre aquellos

Al margen de éste, que finalmente sería un episodio menor, el interés por Vico -se trata en realidad del interés por una temática- se comparte con Platón, Cesarrotti, Gibbon, Herder, Mme. de Stael y de Maistre. Ese Vico del que en 1823 sólo conocía el "De antiquissima italarum sapientia", daría pie en 1824 para una dudosa traducción de la "Scienza Nuova" que se cobijaba bajo el título de "Principes de la philosophie de l'histoire". Con todo, vista la trascendencia que el pensamiento francés tiene en esos años, el esfuerzo de Michelet pondrá a Vico como figura europea, dando pie para una serie de comparaciones y comentarios que incluye los nombres de E. Quinet, Jouffroy, Barante y otros. Desde luego, poco importó -porque hay cosas que sólo se saben después- que Fausto Nicolini hablara más tarde de "caricatura", dando expresión más enérgica a lo que ya estaba insinuado en las reservas de Lerminier. La imagen que elabora Michelet corresponde a un Vico que habría desarrollado -dentro de una Europa mayoritariamente cartesiana- "la filosofía de la historia". Esta noción se reitera en una carta a Quinet de 1831, pareándolo con Herder. Como veremos luego, la amistad de ambos traductores favorece una mezcla espúrea de Vico y Herder, cuya posible compatibilidad nos revela que no había entendido demasiado del pensamiento de Vico.^[23]

Su "modus operandi" se aclara si observamos, según nos dice el mismo Michelet, que escribe su Introducción -donde intenta caracterizar sintéticamente el pensamiento del autor -sobre la "Scienza Nuova" primera, mientras actúa, para realizar su traducción-resumen, sobre el texto de la "Scienza Nuova" segunda. El simple hecho de que Michelet estimara que la "Scienza Nuova" primera era más clara que la segunda, nos da a entender que le habían entusiasmado

que mejor conocen a Vico. [Cfr. Appendice du Discours, en op. cit., pag. 70, nota 1. Con todo, esto no da pie para lo que afirma F. Nicolini cuando escribe que Michelet fue "iniciado en el culto viquiano principalmente por el exiliado napolitano Pietro de Angelis (1784-1857) emigrado luego en 1827 a la Argentina donde se constituyó en ferviente "exportador", si es lícito decir así, del viquismo". [Cfr. Introducción, en la edic. cit. de Einsudí, pag. XVI].

[23] Fassò, G., op. cit., pags. 508 ss.

las referencias generales, que se hacen densas y complejas -con el correspondiente desarrollo- en la obra definitiva.⁽²⁴⁾

Como el trabajo de Michelet no es ortodoxo; es decir, no estamos ante una mera traducción sino ante un texto acomodado a las circunstancias, no deja de tener interés, en el esquema básico, saber si había entendido o no a Vico; es más, por entender no se trata aquí de la lectura posible de un texto que se extiende en otra lengua, lo que venimos a insinuar es la posible o imposible adecuación de la "mente" de Michelet con el pensamiento viquiano.⁽²⁵⁾ En sustancia, el traductor

[24] Ya G. Fassò había llamado la atención sobre el particular en "I quattro autori" del Vico. Milano, Giuffrè, 1949, pag. 79. Al respecto escribió Michelet: "Nosotros tradujimos, abreviándola, la edición de 1744; pero, en la exposición del sistema que va a leerse, con frecuencia nos hemos aproximado al método que el autor siguió en la primera, que nos pareció convenir mejor a un público francés". (Cfr. Discours sur le système et la vie de Vico, en Principes.... op. cit., pag. 21)

[25] A poco que se lean los diversos trabajos introductorios con que Michelet abre su traducción abreviada de la S. N., se verá que estamos ante un serio esfuerzo por aclarar, por reducir y por eliminar todo aquel material que, según entiende, no compaginaría con el gusto y la comprensión de los medios cultos de Francia. Para que no hubiera dudas acerca del singular trabajo de Michelet, se impondría reproducir íntegramente el "Discours...". A propósito de él, escribe F. Nicolini: "Si el filósofo hubiera podido ver la traición de su pensamiento, que con las mejores intenciones consumó el autor ilustre de la Histoire de France, hubiera entrado en una de esas cóleras heroicas descriptas con tanta eficacia en la oración por la muerte de su mujer Angela Cimmino". (Cfr. La Scienza Nuova Seconda, 3a. ediz., a cura di F. Nicolini, Bari, Laterza, 1942, nota, pag. 388. Otras observaciones críticas en págs. 367-68). En su última introducción a la Scienza Nuova, F. Nicolini abunda: "Ciertamente, considerada desde un observatorio rigurosamente científico, la así llamada traducción francesa de la Scienza Nuova publicada en 1827 por el autor de la Histoire de France, debe ser calificada más bien de disfrazamiento, pero no llamarla una verdadera y propia traición. Entre otras cosas, Michelet no contento con haber "galicizado" aun en su mismo ordenamiento la grande fatida viquiana, quiso empaquetar el clásico título de la Scienza Nuova en el otro -que trajo consigo un grueso equívoco- de Principes de la Philosophie de l'Histoire, que quizá no fue la última de las razones por las cuales el precursor del historicismo absoluto fue considerado

-en realidad el artífice de un nuevo texto- da a la obra de Vico una forma que lleva el sello de su personalidad: si no es todo Michelet, tampoco podríamos hablar de una expresión puntual de las ideas del filósofo napolitano. Más allá de ese acomodamiento entre las dos ediciones de la "Scienza Nuova", Michelet nos muestra, al ignorar la importancia preliminar del "De antiquissima...", que el principio esencial de la metodología viquiana, es decir la conversión de la verdad con lo hecho, escapaba a su comprensión.^[26] Entre otras cosas, porque Vico era mucho más que un simple disidente de la filosofía cartesiana. Aquí parece estar la raíz del desencuentro: un aprecio equívoco de la gnoseología viquiana, cuyo verdadero y propio fundamento se ignora, junto con ese vínculo inescindible que Vico había puesto entre filosofía y filología. Este aspecto, por lo menos para nuestro tema, reviste una importancia capital: sólo así puede explicarse que, en el Plata, Vico fuera visto como una suerte de prólogo de Saint-Simon. Esto último, que parece sonar un tanto absurdo, se ilumina si pensamos que para Michelet la "Scienza Nuova" no era mucho más que una sociología incipiente, el prólogo conceptual de una ciencia que, a la vez, abrazaría a la filosofía con la historia de la humanidad. En tal contexto, Vico aparece como el precursor de los graves y profundos problemas que se planteaba, en relación con la historiografía, el siglo XIX.^[27]

Cuando Michelet escribe su "Introduction a l'histoire universelle", cuyo motivo central es la controversia dialéctica entre libertad del espíritu y fatalidad del orden natural, su conceptualización es abiertamente herderiana. Vuelve a plantearse aquí el problema de lo que Lucien Goldmann llamaría "conciencia"

durante largo tiempo no más que un filósofo de la historia, en el sentido vulgar y gastado de la expresión". [Edic. cit., pags. XVI-XVII].

[26] Dice Michelet aludiendo al "De antiquissima...": "Esta es la única obra cuyas ideas no trasportó Vico a la "Ciencia Nueva". [Cfr. Discours...cit., en op. cit., pag. 17, nota 1. Más adelante reitera: "El libro De antiquissima Italorum sapientia es de todas las obras de Vico la que menos aprovechó en la "Ciencia Nueva". [Cfr. Appendice du Discours.... op. cit., pag. 65].

[27] Fasso, G., pp. cit., pag. 522 ss.: 542.

cia posible": como sabemos, el pensamiento francés, la escritura que lo expresa, se afinca en la prosa. En tal caso, ¿estaba en condiciones de penetrar un pensamiento como el de Vico, que era eminentemente poético? Es más, para un término medio filosófico que hace coincidir la racionalidad con el predominio de la razón abstracta, ¿tenía Vico algo que decir?

Al situar a Vico entre Bossuet y Voltaire, Michelet nos está indicando que no había conseguido salir de sus juveniles, y luego renovadas, posiciones iluministas. Aún, su concepto de humanidad -mucho más vecino a Herder- que parece coincidir con la experiencia de las masas que irrumpen en su mundo contemporáneo, nos muestra que subyace en su fraseología un "democratismo" que poco tiene que ver con la doctrina de Vico. Al margen, su empeño en cancelar los grandes nombres, los "dioses", los "titanes" -a los que ve casi siempre como enanos- se afirma con una verificación: todos ellos se engañan acerca de su tamaño porque aparecen encaramados -se renueva aquí la vieja imagen de Bernardo de Chartres- sobre los hombros de ese buen gigante que es el Pueblo. Es difícil pensar en algo más alejado de los sentimientos de Vico.

Más tarde, en 1869, radicalizando aún más sus posiciones, hará de ese adagio "la humanidad es obra de sí misma", una suerte de ariete contra la visión providencialista de la historia. El rastreo de su obra, que Guido Fassò cumple sin dejar resquicios, va revelando que Michelet no consiguió penetrar en el sentido que articula la obra de Vico al que, con frecuencia, toma al pie de la letra, sin entender que los momentos en la vida del espíritu no pueden ser identificados con períodos cronológicos.

A través del prolijo y erudito análisis de Fassò hay algo que debe ser destacado, por lo menos si se tiene un conocimiento elemental de la obra de Vico: a radie, como lo fuera a un Michelet completamente radicalizado, se le ocurriría ponerlo en los pródromos del "libre pensamiento" a lo siglo XIX. Sólo su espíritu ardiente, escasamente disciplinado -como había indicado Villemain- podría hablar, en nombre de Vico, de un hombre "que fabrica incesantemente su tierra y su cielo", que enseña que "los Dioses se hacen y rehacen". De estas efusiones, que poco tienen que ver con su pensamiento,

podría deducirse que Vico es un "libertino". Las ilusiones de su juventud, de las que no conseguía apartarse, explican que no advirtiera lo lejos que estaba de una doctrina que, con el paso del tiempo, cada vez más se iba mimetizando en la suya.

Si quisiéramos señalar —siempre con la guía de Fassò— las limitaciones básicas de Michelet, indicaríamos: 1) Una interpretación errada del pensamiento de Vico: por ejemplo, la importancia de las masas en el Prefacio de su Historia de Roma. 2) Una interpretación limitada: la filosofía de la historia como punto de intersección entre lo accidental y lo regular, en el Discurso sobre la obra y el sistema de Vico. 3) El acogimiento de un principio de metodología historiográfica ignorando las características de su fundamentación filosófica. (28)

Todavía, en este caso donde todo lo simple y obvio se va convirtiendo en complejo, conviene tener en cuenta otras instancias no siempre bien atendidas o directamente descuidadas. Decimos esto porque es posible que la íntima relación entre Michelet y Quinet haya tenido efectos intelectuales más profundos, provocando una suerte de compenetración no advertida entre el pensamiento de Vico y el de Herder. Este problema fue planteado por Gustave Lanson (Cfr. La formation de la methode historique de Michelet, en Revue d'histoire moderne et contemporaine, VII, 1905-1906, pags. 13 ss.) indicando que algunas conclusiones a las que llega Michelet no dependen de la obra de Vico sino de Herder. Entre ellas estaría esa especie de adagio-síntesis que retorna de continuo, incluso, como vimos, entre los analistas y críticos de la obra de Michelet: "la humanidad creándose a si misma". Un análisis de los textos de Quinet que se remiten a Herder parecen indicar esa posibilidad, aunque no debe descartarse, conocidas sus inclinaciones temperamentales, que Michelet creyera, con la mejor buena fe, que debía a Vico la sustancia de su pensamiento historiográfico. Todo esto, por supuesto, dejando de lado las características ya señaladas del intento, que ponían a Vico en la línea del democratismo iluminista,

(28) Ibid.. pags. 534-35.

y lo convertían en maestro de racionalismo anticlerical.⁽²⁹⁾

Sería del caso recordar aquí, casi como una corroboración de la sospecha de Gustave Lanson, lo indicado por Max Rouché (Cfr. Introduction a J. G. Herder, Une autre philosophie de l'histoire, Paris, Aubier, s/f., pag. 94) a propósito de la atracción que provocaban los ensayos de Bossuet, Vico y Herder. Se veía en ellos una suerte de "democratización" de la historia, la figura del "pueblo", la individualidad y personalidad de las naciones; en fin, la advertencia acerca de un sentido de la historia.⁽³⁰⁾ Aquí podría estar la clave, al mismo tiempo, de la particularísima lectura que se hace en el Plata de esas "migajas" de Vico entregadas por el esfuerzo de Michelet.

IV) ¿Vico en la generación del 37? ¿Vico en Alberdi?

I

De acuerdo con la experiencia acumulada en esta incursión -que por cierto tenía menores pretensiones- podemos advertir que cada problema deja de ser para convertirse en una reiteración de lugares comunes, que cada prójimo copia, sin mayores escrúpulos, a su antecesor. A lo sumo, cuando se pretende exhibir alguna originalidad, lo que viene a discutirse es cuál de los dos autores en danza tuvo primacía sobre uno u otro pensamiento. En el Río de la Plata, el dilema -para no decir más- se plantea entre Vico y Herder. Todo, desde luego, transitando por esa vía maestra que es el "toque de oído"; todo, insistiendo, con venir a la repetición del aserto de otros o de esas leyendas que conserva y transmite, con cierto colorido seductor, la imaginería escolar.

Si venimos al núcleo de la cuestión, pronto vemos que resulta necesario remover los supuestos tradicionales:

(29) Ibid., passim. Al final. pag. 550.

(30) No será ocioso recordar que, de acuerdo con lo que apunta Max Rouché (op. cit., pag. 107) Quinet opera sobre Herder a partir de una buena traducción inglesa.

se supo, se pensó, se dijo... Lo único que no parece preocupar es la razonable adecuación de los textos. Quizá, es de sobra conocido, porque los textos resultan innecesarios cuando predomina la voluntad política de probar algo. Entre nosotros, ¡nunca se sabe!

Quizá lo que antecede no sea suficiente. No faltará quien pregunte acerca del por qué de tanto trajín. ¿No bastaban acaso las afirmaciones originales? Esta, desde luego, suele ser la ilusión: las afirmaciones originales suelen ser casi siempre, la apoyatura de algún mito. Si venimos al fondo de la cuestión, confirmándolo, toda nuestra historia intelectual queda referida a lo que alguien dijo. Para no pecar de ingenuidad, ese alguien abstracto suele corporizar y sostenerse de acuerdo con las modas políticas vigentes. El sentido crítico, todo lo que se escribe en los manuales acerca de una metodología de resguardo, desaparece cuando se adelanta alguien que se hace fuerte en las consecuencias de un prestigio adquirido o en la ignorancia de quienes deberían moderarlo. Estas reflexiones, un tanto descorazonantes, son casi una síntesis de lo que va implicado en la historiografía de nuestras ideas.

II

Llegados al punto, parece razonable exponer el fruto de algunas lecturas, a partir —obviamente— de la obra de Alberdi. Sin duda, como veremos, el primer texto indicativo —prácticamente el único— es el "Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho", en cuyas páginas, junto con alguna nota ilustrativa, se menciona explícitamente a Vico.^[31] Al mismo tiempo, como de rondón, se nos cuelan algunas hipótesis en torno a la procedencia de su conocimiento.

Sabemos, por un lado, que Echeverría había traído,

[31] Alberdi, J. B., Fragmento preliminar al estudio del derecho. Introducción y notas de Ricardo Grimberg, Buenos Aires, Biblos, 1984. Esta edición, por su aparato crítico, es más completa que las anteriores de Cabral Texo y Canal Feijoo. La que figura en las Obras Completas, obviamente, sólo lleva las notas de Alberdi.

en sus apuntes parisinos, algunas notas que se referían al filósofo napolitano; por el otro, cabe pensar en una lectura directa de Alberdi, operada, en este caso, sobre la versión francesa que había resultado del trabajo de Michelet; finalmente, de acuerdo con una tradición, siempre recordada y repetida, las informaciones acerca de Vico se las habría facilitado don Pedro de Angelis. Todavía, no sería ocioso considerar la posibilidad que su conocimiento de Vico le hubiera llegado a través de la obra de Lerminier. Como ha de verse, no es nada fácil optar entre estas diversas vías de acceso. Entre otras cosas, porque cada una de ellas, en principio, genera algunas dificultades accesorias.

Si comenzamos por las anotaciones de Echeverría, la referencia clásica debe remitirse a la biografía escrita por Juan María Gutierrez, poco explícita sobre el punto, como poco explícito había sido el mismo Echeverría acerca de su experiencia parisina. Con todo, atendiendo a la enumeración que indica el biógrafo, puede darse por sentado que los cuadernos contenían notas referidas a Vico, sin que, desde luego, sepamos su extensión, su forma y carácter. ¿Fue esa la fuente que utilizó Alberdi?^[32].

[32] Dice Juan María Gutierrez: "En el menor de estos volúmenes manuscritos, hemos contado trece autores cuyos nombres son los siguientes colocados en el orden en que aparecen en las páginas del volumen: Montesquieu, Sismondi, Wattel, Lerminier, Lammenais, Guizot, Lando, Vico, Saint Marc Girardin, Vinet, Chateaubriand, Pascal". "Cfr. Gutierrez, J. M., Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría, en Echeverría, E., Dogma Socialista, Edición crítica y documentada, La Plata, Universidad Nacional, 1940, pags. 13-14. A propósito dice Alberdi: "A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de V. Cousin, Villamain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo". [Cfr. Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina, en Escritos Póstumos, XV, pag. 245, Bs. As., 1900. Véase también, Chaneton A., Retorno de Echeverría, Bs. As., Ayacucho, 1944, pags. 41 ss. Arrieta, R. A., El París literario de Esteban Echeverría, en Logos, Año I, N° 1, pags. 41-51, Bs. As., F. de F. y L., 1941. Estos aspectos de la formación de Echeverría fueron también recordados por Marmier, X., Buenos Aires y Montevideo en 1850, trad., prólogo y notas de J/L. Busaniche, Montevideo, Arca, 1967, pags. 220 ss. Lo anotado sobre Alberdi también vale para su amigo, mentor y maestro. Para no abundar innecesariamente en

En cuanto a la lectura directa que Alberdi habría hecho a partir del resumen-traducción de Michelet, la cosa tampoco parece demasiado clara. Renato Treves, en su estudio sobre Vico y Alberdi, nos dice que es difícil saber si Alberdi pudo manejar la primera edición de ese trabajo, que es de 1827. Piensa como más probable que se haya valido de alguna de las reimpressiones de Bruselas (1855) de las que habrían llegado "numerosos ejemplares al país".^[33] Esta última afirmación, cuya fuente no se indica, nos parece un tanto aventurada. Como ya tuvimos ocasión de indicar en la nota 3, al ir a subasta la librería de Marcos Sastre, en 1837, entre los autores italianos mencionados en el catálogo no figura ninguna edición de Vico. ¿Es compatible esta verificación con aquello de "numerosos ejemplares" que habrían entrado al país? A juzgar por la lista -que no vamos a repetir aquí- en la que figuran nombres no demasiado conocidos como el de Melchiorre Gioia, nos parece que no.

En lo que hace al papel de Pedro de Angelis respecto de la difusión de la obra de Vico, es el propio Alberdi quien lo certifica en una nota del "Fragmento Preliminar...". Con todo, si atendemos sus palabras,^[34] el conocimiento que alega Alberdi debe suponerse al margen del empeño indicado.

la tediosa y reiterativa bibliografía, hemos elegido un ejemplo. De acuerdo con Homero M. Guglielmini, "Una fuerte influencia de Vico impregna sus páginas de un historicismo desconocido hasta entonces en el Río de la Plata". [Cfr. Esteban Echeverría. Instaureción de un nacionalismo estético argentino. Bs. As.. Ministerio de Educación de la Nación. 1952. pag. 13].

[33] Treves, R., Vico y Alberdi. Notas para la historia de la filosofía jurídica en la Argentina, en Vico y Herder. Bs. As.. F. de F. y L., 1948. pag. 348.

[34] Escribe Alberdi: "Sabemos que el Sr. de Angelis trata de hacernos conocer a Vico. Haría un gran servicio a nuestra patria. Vico es uno de los que ha enseñado a la Europa la filosofía de la historia. Sea cual fuere el valor actual de sus doctrinas, él tiene el gran mérito de haber aplicado la filosofía de la historia; y su obra es todavía una mina de vistas nuevas y fecundas, una Ciencia nueva en todo el sentido de la palabra". [Cfr. Fragmento preliminar... edic. cit., pag. 111, nota de Alberdi. Notese de paso la identificación de Vico con la filosofía de la historia que proviene, sin duda, del conocimiento directo o indirecto de los prólogos de Michelet.

El propio Ignacio Weiss, biógrafo de de Angelis, sólo pudo detectar una cita de la doctrina lingüística de Vico en un apéndice histórico-geográfico de la edición correspondiente a La Argentina de Ruy Díaz de Guzman.^[35] A su vez, el empeño por difundir la obra de Vico, por parte del andariego napolitano, fue también recordado por José Ingenieros, que no dejó de registrar la escasa trascendencia que alcanzó su propósito.^[36]

En último término, cabe considerar un posible conocimiento de Vico a través de Lerminier, cuya obra sin duda manejó, utilizándola largamente -si atendemos al contexto- para componer el "Fragmento Preliminar...". Sin embargo, examinados los textos, si Alberdi se aproxima al espíritu de Vico a través de Lerminier, no toma de él las citas de la "Scienza Nuova" que van en algún pie de página de la obra.

Todavía, en este capítulo, no pueden soslayarse las ácidas observaciones de Abel Chaneton, que se refieren tanto a los fundamentos de su erudición como al carácter mismo de Alberdi. Importa indicarlo porque, como ya tuvimos ocasión

[35] Transcribimos el texto completo de la referencia. "En la obra tan original como poco conocida de J. B. Vico, se apunta la idea de que las primeras impresiones que produjo en el hombre salvaje la vista de los objetos exteriores, debieron arrancarle gritos de admiración, de placer o de espanto, y que, por consiguiente, empezaron los lenguajes con interjecciones y monosílabos. Para corroborar esta hipótesis citó unas cuantas voces en latín, como "sol", "lux", "nix", "mons", "arx", "lac", "pes", "os", etc. Pero cuanto más peso hubiera adquirido esta conjetura si en vez de alegar ejemplos sacados de idiomas derivativos, los hubiese sacado en el lenguaje de los pueblos autóctonos, aislados y, por consiguiente, originales?" [Cfr. Angelis, P. de, Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Rio de la Plata, con prólogo y notas de Andrés Carretero, Bs. As., Plus Ultra, 1969, T. I, pag. 411. Sobre la cultura de Angelis, cfr. Mermier, X, op. cit. pag. 108, nota 1.

[36] Ingenieros, J., La evolución de las ideas argentinas, Bs. As., Editorial Futuro, 1961, II, pags. 228-29. Sobre la figura y el empeño de Pedro de Angelis son importantes los trabajos de Ignacio Weiss. [Cfr. Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis, Bs. As., El Ateneo, 1944; Pedro de Angelis y la difusión de la obra de Juan B. Vico, en Vico y Herder..., op. cit., pags. 357-87].

de ver respecto de Michelet, nuestro problema hace tanto a una filiación de ideas como a las inclinaciones psicológicas de los autores implicados. Si hemos de creer a Chaneton, Alberdi "arquetipo de deshonestidad mental, vive contradiciéndose vuelta a vuelta, según el móvil -generalmente subalterno- del momento (...) Hablaba de Savigny, a través de Lerminier; de Condillac a través de Diego Alcorta; de los saintsimonianos a través de las notas bibliográficas de la "Revue des Deux Mondes"; de los románticos a través de Echeverría".⁽³⁷⁾ La referencia, como puede verse, es poco estimulante. Con todo, no parece haber demasiado espacio para una rectificación, como se aprecia en lo que sigue. Contestando a la consulta de un joven argentino, que se encuentra en Italia estudiando derecho, Alberdi menciona a una serie de jurisconsultos italianos sin hacer ninguna referencia a Vico. Algo más, la indicación que parece haber sido hecha al "voleo", trae apellidos mal escritos o mal acentuados; no es todo, como remate nos encontramos con un sorprendente "lumberras de la jurisprudencia española."⁽³⁸⁾

Más allá de este lapsus de no fácil explicación, pensamos que la consulta -si en verdad Vico algo de firme y duradero había significado en la formación de sus ideas- le daba pie para destacar la importancia del filósofo napolitano en la constitución del pensamiento jurídico del siglo en curso. La omisión nos lleva a pensar que el Vico de Alberdi es sólo un anécdota de juventud, una presencia fugaz y "oportunista" en el momento en que escribe el "Fragmento Preliminar....", que en otro orden de cosas es una suerte de organización de citas que pudo tomar de cualquier parte.

Si venimos al texto de la obra, podemos encontrar el nombre de Vico en diversos lugares, formando parte, junto con otros autores, de una enumeración. Más en concreto, terminando la Introducción del trabajo, encontramos una cita explícita: Vico, Principios de Filosofía de la Historia, L. I, cap. 2, 65. A continuación un comentario con expresiones

(37) Chaneton. A., Historia de Velez Sarsfield, Bs. As., Eudeba, 1959, pag. 366.

(38) Alberdi. J. B., Obras Completas, III, pag. 345, Bs. As., 1886.

que podrían ser de Vico. Más adelante indica: L. IV, cap. 7. Esto es todo.^[39]

Llegados al punto no podemos ocultar cierta perplejidad, especialmente si pensamos en tantas reflexiones y páginas que parecen escritas para decir lo que todos saben, justamente porque nadie lo sabe. Serían ejemplos, entre otros, esa puja entre Vico y Herder en materias de influjos y condicionamientos; también, para no variar, la discusión entre medios y fines iluministas y románticos en la que se empeñaron —entre otras cosas para refutar a Alejandro Korn— Coriolano Alberini y Luis Juan Guerrero.^[40]

Todavía, para no omitir aspectos que podrían ser ilustrativos, quedaría pendiente una consideración sobre lo que parecía pensar Alberdi al plantearse las urgencias de la filosofía contemporánea. Para aproximarnos al problema pueden servir las ideas-programa que expone en Montevideo cuando intenta esbozar un curso de filosofía, tanto como la polémica con el español Salvador Ruano, al que considera fuera de las exigencias del propio tiempo, una suerte de "profesor de filosofía del siglo pasado", al que "le falta ahora entrar a la escuela de filosofía de este siglo". En sustancia, estamos ante una licencia de ese sensualismo de Locke que, pasando por Condillac, había constituido el núcleo de la enseñanza "ideológica" de Lafinur, Fernández de Agüero y Alcorta.^[41]

[39] Alberdi, J. B., Fragmento preliminar.... edic. cit., pag. 164. en notas 2 y 3 del propio Alberdi; pag. 271, nota 1. Además, en pag. 212, nota 1 hay una referencia, sin indicación de lugar, al origen del "derecho natural de las gentes".

[40] Alberini, C., La metafísica de Alberdi, en Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina, La Plata, Universidad Nacional, 1966, pag. 35: "Imaginé una técnica historicista para un ideal iluminista". Luis Juan Guerrero, en cambio, entendía que esos jóvenes usaron una técnica iluminista, "medios" iluministas, para llevar a cabo la creación de una tradición, aunque siguen siendo románticos por temperamento, por vocación y aspiración. (Cfr. Agoglio, R., Luis Juan Guerrero, intérprete del pensamiento argentino, en Cuadernos de Filosofía, Año XV, N° 22-23, pag. 196, Bs. As., F. de F. y L., Enero-Diciembre de 1975.

[41] Alberdi, J. B., Escritos Postumos.... op. cit., XIII, pags. 117 ss.

Cuando abandona la reconvención y la crítica para venir a sus propias ideas —o por lo menos a las que parecen tales— vuelve a insistir en la necesidad de un pensar filosófico que responda a las urgencias del siglo y que, desde luego, no sea una mera colección de sistemas. Queda en claro, al mismo tiempo, si no entendemos mal, que en el ámbito latino cabe a Francia la función de guía y portavoz: "nosotros también meridionales de origen y situación, pertenecemos de derecho a su iniciativa inteligente."⁽⁴²⁾

Para quien como Alberdi reclama una filosofía para el siglo, no es extraño que piense en una filosofía americana y aun nacional. Advierte así nuestra escasa vocación por los problemas metafísicos, señalando que "nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades". En este aspecto, "la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus proceder, republicana en su espíritu y destinos".⁽⁴³⁾

Recorriendo las páginas en las que quedan reflejadas en su letra y espíritu las "Ideas para presidir a la confección de un curso de filosofía contemporánea", (Montevideo, 1842) encontramos múltiples y reiteradas referencias a Jouffroy, Cousin, Lerminier, Leroux, y otros autores franceses, tales Maistre, Bonald y Lamennais. Lo que no encontramos, en ninguna parte, es la menor indicación respecto de Vico, cuyo nombre, sin duda, parecía sugerido por el contexto.

Es posible que en torno al problema se haya producido en algún momento cierta confusión: un Vico que aparece citado en el "Fragmento Preliminar..." pero que desaparece luego para nunca más volver, ni siquiera cuando el argumento parece reclamarlo a gritos; una concepción historicista del proceso social que responde a lecturas directas o indirectas de autores franceses contemporáneos, especialmente Lerminier, Jouffroy, Cousin y Leroux. De ahí a extender la ecuación no hubo más que un paso: detrás de todos ellos —que sin duda

(42) *Ibid.*, XV, pag. 607.

(43) *Ibid.*, XV, págs. 612 a 14.

habían tenido a Vico entre manos- se adelantaba la sombra y el nombre del solitario napolitano.

En sus escritos posteriores podemos advertir -lugar privilegiado para el caso sería Figarillo- una avasalladora presencia del nombre de Lerminier,^[44] con lo que podemos venir a una consecuencia poco alentadora. Si Alberdi indica la gestión de Pedro de Angelis de un modo que aparece como marginal a su conocimiento, que debe suponerse anterior e independiente; si la presencia de la edición de Michelet no aparece en la librería de Marcos Sastre; si es tan importante en Alberdi la obra de Lerminier,^[44 bis] concebimos la vehemen-

[44] Alberdi, J. B., Obras Completas... edic. cit., I, pags. 288 ss.

[44 bis] La prueba del interés de Alberdi por conocer la opinión de Lerminier acerca del "Fragmento...", uno de cuyos ejemplares le hizo llegar, la tenemos en una carta que le envía desde su residencia parisina el joven poeta Florencio Balcarce, que intentó en vano conseguir alguna palabra del francés. Dice así: Paris, 12 de marzo de 1838. Señor don Juan Bautista Alberdi-Buenos Aires.

Muy Señor mío: Obedeciendo a su apreciable de 20 de Octubre del año pasado; tuve el placer de entregar al señor Lerminier la carta y demás papeles que Ud. le dirigió. Con este motivo le hice a principios de enero una visita, que he repetido dos veces. [Luego de referirle el interés de Lerminier por saber acerca del país, su geografía y sus vicisitudes históricas, que acompañó con reflexiones que Balcarce estimó huecas e inútiles, la carta prosigue así] "A pesar de la promesa, que me repitió varias veces, contestar a Ud., no lo ha hecho hasta hoy 12 de marzo. Sus palabras, al fin de la primera visita, fueron tan lisonjeras que creo debo reproducirlas aquí: La cause de ce jeune homme est très belle: je vous assure que je suis charmé de sa lecture et que je repondrai avec plaisir. Sin embargo, en mis dos visitas posteriores, que me pidió con instancia, me pareció observar algún deseo de evitar toda conversación alusiva a nuestro país. Sólo me habló de la literatura moderna, de los escritores franceses que se distinguen, etc. Mis esfuerzos por llevarle al asunto fueron inútiles: Ud. comprende toda la desigualdad en la lucha. Yo he creído conveniente suspender mis visitas: porque el puesto elevado que ocupa el señor Lerminier, no le excluye del deber de urbanidad que Ud. le impuso con su comediamento." [Cfr. Escritos Póstumos, XV op. cit., pags. 231 a 33] Como puede verse, Lerminier no soltó prenda, y Alberdi se quedó con las ganas de recibir el espaldarazo que sin duda buscaba. El episodio fue considerado por Arrieta, R. A., Florencio Balcarce (1818-1839), Bs. As., Julio Suarez, Editor, 1939, pags. 56 ss.

te sospecha que las dos citas del "Fragmento Preliminar..." fueron extraídas de las anotaciones que traían los ubicuos y huidizos cuadernos de Echeverría. Si, a la vez, verificamos la desaparición de Vico en la obra posterior de Alberdi, podemos concluir que Vico— en todo caso "flor de un día", como lo fue en gran medida para Michelet —poco tuvo que ver con los conceptos que pudieron estar en la base de su inspiración. Lo cual no obsta para que, más tarde, al extender los recuerdos de su juventud de estudiante, lo indicara como uno de los autores que tuvieron que ver con su formación.^[45]

III

Todavía, para no caer en el reproche de lo mismo que reprochamos, podría darse el caso de una aproximación contextual, dentro de ese enunciado genérico que podría ser la "filosofía" o la "metafísica" de Alberdi, esbozadas por quienes —sin duda con razón— se opusieron a un Alberdi positivista o, peor aún, discípulo del materialismo histórico.^[46]

En este aspecto, aunque los términos parezcan un tanto rebuscados y altisonantes, podría hablarse de un trasfondo de ideas y convicciones dentro de las cuales el pensamiento de Alberdi alcanzaría lucidez y sentido. En esta línea de interrogantes, que corresponden a un tiempo que no es el nuestro, pueden comprenderse las páginas gastadas en torno al pensamiento de Alberdi. Entre otras cosas, porque su propio y singu-

[45] Recuerde Alberdi: "Mis lecturas favoritas por muchos años de mi primera edad fueron hechas en las obras más conocidas de los siguientes autores: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Pichereud, Lavater, Buffon, Bacon, Pascal, Le Bruyere, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Lermnier, Tocqueville, Cheralier, Bastiat, Adam Smith, J. B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, P. Leroux, San Simon, Lamartine, Destutt de Tracy, Lamenaís, Mee de Steel, Victor Hugo..." Escritos Póstumos. op. cit., XV, pags. 308-09.

[46] Korn, A., *Influencias Filosóficas en la evolución nacional*, Bs. As., Ediciones Solar, 1983, pags. 215 ss. Incluye a Alberdi dentro del Positivismo. Para él, las posiciones románticas no consiguieron desalojar de su espíritu la formación ideológica y utilitarista.

lar heredero intelectual -nos referimos a Juan Agustín García- no alcanzó audiencia cuando esbozó un programa historiográfico que sintetizaba, de algún modo, esa adhesión a la tierra americana y argentina que había postulado su inspirador.

No dudamos que el reproche de Abel Chasneton es valedero, que la erudición de Alberdi es endeble, que la adscripción de sus ideas es fácilmente verificable. Con todo, su pensamiento nos entrega la más lúcida meditación sobre las perspectivas argentina en el siglo XIX. Es el suyo, sin duda alguna, el programa de la patria. Si es así, que sentido tiene situar el interrogante en los papeles manejados -preocupación central de los que carecen de ideas- más bien que en la verificación de lo que fue capaz de hacer con ellos.

Aquí estaría el meollo del verdadero problema: muy poco Vico -un Vico simbólico- algo o mucho más de los franceses, entre los que pudo colarse Herder, pero Alberdi. Más allá de lecturas o citas, Alberdi. Es decir, alguien que pensaba las urgencias de su país y su tiempo.

Como este ensayo trae consigo una intención metodológica, todo el empeño de Korn, de Alberini, de Guerrero, parece perder interés, por lo menos en la medida que el problema de las fuentes se convierte en un interrogante en torno a la cultura de quien las hace posibles. Por eso, más cerca de nosotros, sin la pretensión de un reconocimiento de raíces, parece ilustrativa la exposición de Diego Pro.^[47]

Para finalizar, reservamos una breve cita que resume la cuestión de genealogías e influencias, especialmente cuando esta se plantea "in partibus infidelium": "más influye el prólogo liberal de Quinet a Herder que Herder mismo".^[48] Lo mismo puede aplicarse, sin duda, a los estudios que Michelet colocó como prólogo de su singular traducción. Vendríamos así a terminar como hemos comenzado: es muy posible que las ideas que pasaban bajo el nombre de Vico no fueran más que

[47] Pro, D., Pensamiento filosófico de Alberdi, en Cuyo, Anuario de Filosofía Argentina y Americana, Vol. I, pags. 175-82. Mendoza, F. de F. y L., 1984. En pag. 177, menciona a Savigny, Lermnier, la Introducción de Quinet a Herder, pero nada dice de Vico.

[48] Alberini, C., op. cit., pag. 33.

las ideas de Michelet. Tendríamos así -cumpliendo con esa irrenunciable vocación pedagógica que alababa Quizot- una "papilla" francesa, muy al gusto de la época, que habría tornado digeribles a estos dos bocados un tanto especiosos.

Apéndice: Así se escribe la historia

(Para una genealogía de la copia:
como me lo contaron te lo cuento)

Como nuestro tema hace, finalmente, a la posible o imposible presencia de Vico en el Río de la Plata, nos parece útil ilustrar un claro ejemplo de copia, deformación y desenfadado. Con esto podrá verse, una vez más entre tantas, como eliminar problemas -reduciendo complicaciones- genera tranquilidad de espíritu y de conducta.

Contándonos las experiencias intelectuales de su juventud, escribe Bartolomé Mitre: "Dice Vico en una carta, que para escribir la *Ciencia Nueva* cerró los libros por diez años para escribirla con más originalidad". (Cfr. Institución Mitre, El diario de la juventud de Mitre (1843-46), Buenos Aires, Coni, 1936, pag. 30).

Esta referencia del joven Mitre está tomada de una traducción que hizo Michelet de párrafos del "Vici Vindiciae", -no de una carta como dice el autor rioplatense- un texto que el filósofo napolitano extiende para defenderse de las imputaciones de los literatos de Leipzig, a propósito de la publicación de la "Scienza Nuova" primera (1725).

En lo que puede interesarnos, siguiendo una enumeración, Michelet traduce así: "Il est bon que tu saches que depuis vingt ans j'ai fermé tous les livres, a fin de porter plus d'originalité dans mes recherches sur le droit des gens; le seul livre ou j'ai voulu lire, c'est le sens commun de l'humanité". (Cfr. J. Michelet, Apéndice du Discours, en Principes de La Philo-

sophie de l'Histoire, traduits de la Scienza Nuova de J. B. Vico, Bruxelles, Louis Hauman et Comp. Libraires, 1835, T. I, pag. 78).

Lo primero que puede observarse es que Michelet traduce -aquí correctamente- "veinte años", no "diez como anota Mitre, no sabemos si de memoria o "par oüi dire". Lo segundo, si traducimos al texto para mejor manejo del posible lector, será verificar que Michelet nos entrega -muy a la francesa, por otra parte- una traducción por encima: "Es conveniente que tu sepas (se dirigía Vico al lector imparcial) que desde hace veinte años he cerrado todos los libros, con el objeto de alcanzar mayor originalidad en mis investigaciones en torno al derecho de gentes; el sólo libro que quise leer es el sentido común de la humanidad".

Si venimos ahora a lo que Vico escribió en el parágrafo VI de sus "Vindiciae", (Ab Aequanimo Lectore Petitio) podemos leer: "Deinde, quod viginti ferme abhino annis libros omnes valere iussi, ut in doctrinam de iure naturali gentium aliquid pro mea tenui parte conferrem: pro qua satégi, si in penitissima, multiuga et varia universi sensus humani bibliotheca me totum abderem, ubi vetustissimos gentium auctores, a quibus vix post mille annos scriptores provenerunt, evolverem". (Cfr. Vici Vindiciae (1729), en G. B. Vico, La Scienza Nuova Prima, con la polemica contro gli "Atti degli eruditi" di Lipsia, a cura di F. Nicolini, Bari, Laterza e Figli, 1931, pags. 318-19).

Comienza aquí un problema. Por un lado, si traducimos el texto de Vico en sus diversas implicaciones, nos encontramos con el desarrollo de ideas que revelan mayor complejidad que las registradas en la traducción de Michelet. Por el otro, hay un punto de esa traducción que merece ser discutido, tanto por sus implicaciones idiomáticas como por la presencia de un contexto que de ningún modo puede ser ignorado. El punto en cuestión, que involucra también a la cita deficiente de Mitre, se refiere a "libros omnes valere iussi". Si tradujéramos de acuerdo al significado de cada forma verbal, podríamos leer "decidí valorar (o privilegiar) todos los libros". Sin embargo, encontramos en Cicerón una expresión "iussi eum valere"

(Cfr. E. Benoist et H. Goelzer, *Nouveau Dictionnaire Latin-Français*, Paris, Librairie Garnier Freres, 1938, pag. 787, col. 3) que vale por "dar licencia" o "despedirse de alguien". Si este es el caso, Vico habría indicado que "dio licencia, se despidió o prescindió de todos los libros". No es lo mismo que "cerrar todos los libros", pero tiene un sentido que parece compatible con la traducción de Michelet.

Por otra parte, nos encontramos con las indicaciones de aquellos que mejor estudiaron la formación intelectual de Vico, con la parte final del texto que aquí preocupa, y con precisas indicaciones de un pasaje de la Autobiografía, más una "Aggiunta dell'Autore" en la que se confirma lo anterior.

En cuanto a lo primero, sabemos que Vico, en el período que fue de 1710 (publicación del "Liber Metaphysicus", o sea del "De antiquissima italorum sapientia) a 1725, (fecha de la primera edición de la "Scienza Nuova") lejos de cerrar los libros volvió a releer y repensar a diversos autores. A más de lo que pudo significar Grocio, valorizó el epistolario de Cicerón, retomó a San Agustín (rico venero de informaciones sobre los primeros tiempos de Roma pero, a la vez, autor de un retablo lleno de sugerencias). Al margen, volvió a recorrer las páginas de Lorenzo Valla, reconoció sobre Plotino la obra de Marsilio Ficino y Pico, se ocupó de Pomponazzi, de Maquiavelo, de Guicciardini y de Vanini. (Cfr. A. Corsano, *Umanesimo e Religione in G. B. Vico*, Bari, Laterza, 1935, pags. 134 ss).

En cuanto a lo segundo, que aparecerá confirmado en nuestra tercera indicación, Vico indica con claridad que la sabiduría de los primitivos necesitó de mil años para que aparecieran escritores capaces de traducirla.

Finalmente, tenemos los textos indicados más arriba: "discuopre questa nuova Scienza in forza di una nuova arte critica da giudicare il vero negli autori delle nazioni medesime dentro le tradizioni volgari delle nazioni que essi fondarono, appresso i quali doppo migliaia d'anni vennero gli scrittori, sopra i quali si ravvoglie questa critica usata" (Cfr. G. B. Vico, *L'Autobiografia, il Carteggio e le Poesie Varie*, 2da. ediz., riveduta e aumentata a cura di B. Croce e F. Nicolini, Bari, Laterza, 1929, pag. 49).

Confirmando: "e che vi lavora con la sua nuova arte critica sopra gli autori delle nazioni (tralle quali appena dopo un mille anni provedendovi gli scrittori, non puo ella usarne l'autorita". (Ibid., pag. 68).

Si venimos ahora al texto que dio pie a la traducción de Michelet -al que se remite equivocadamente el recuerdo de Mitre -hemos de ver, con la confirmación de los dos pasos de la Autobiografía que indicamos, que su sentido parece un tanto diverso del que le otorgó su airoso y despreocupado traductor.

Proponemos, en función de todo lo observado, la siguiente traducción: "Además, que desde hace veinte años, aproximadamente, decidí dar igual relieve a todos los libros, (es decir no privilegiar ninguna fuente de información) con el objeto de ofrecer algo de mi parte en la doctrina del derecho natural de las gentes: para lo cual me empeñé con intensidad, sumergiéndome de continuo en la numerosa y variada biblioteca del sentido humano universal, en la que se concentra el saber de los antiquísimos autores de los pueblos gentiles, que sólo luego de mil años (el texto de la Autobiografía citado en primer término habla de "millares de años") los escritores consiguieron desplegar".

Como puede verse, lejos de cerrar los libros, Vico nos indica que puso distancia respecto del tumulto bibliográfico para poder escuchar las voces que provenían de una antiquísima sabiduría que había sido dejada de lado, pero que subyacía en la obra de aquellos escritores que habían atinado a recogerla. Esto viene a confirmar, al mismo tiempo, que fue correcta la vinculación que estableció José Imbelloni entre el pensamiento viquiano y el "Discurso Antico". (Cfr. La "Ciencia Nueva" y el "Antiguo Discurso", en Vico y Herder, op. cit., pags. 107-61. También, "La linfa de la "Scienza Nuova" y sus manantiales", en Boletín de la Academia Argentina de Letras, XIV, pags. 229-339, Buenos Aires, 1945).

En abono de esta interpretación del texto viquiano pueden concurrir: a) Una carta al cardenal Lorenzo Corsini, de fecha 20 de noviembre de 1725, en la que luego de aludir a su refutación de Hobbes, Bayle, Grocio, Pufandorff y Selden, escribe: "gasté unos buenos veinticinco años en la continua

y áspera meditación de este argumento..." (Cfr. L'Autobiografía, op. cit., pag. 191). b) En otra del 15 de diciembre de 1725, al mismo, insiste: "de modo que bendigo los buenos veinticinco años por mi gastados en la meditación de tal argumento". (Cfr. Ibid., pag. 193), c) Con todo, para la cuestión aquí planteada parece más importante una carta dirigida al abate Esperti, a comienzos de 1726. En ella, Vico alude con ánimo crítico a esa mayoría de hombres de letras que no se avienen al estudio duro, a la lectura erudita, a la meditación; junto con ellos, denuncia a los filólogos de segunda que se deleitan con diccionarios y prospectos. Así, refiriéndose a Descartes escribe: "y si él en vida alcanzó fama de filósofo celebradísimo en este siglo delicado y vistoso, en el cual la mayoría, con poco estudio y con el sólo talento natural, quiere aparecer como docta, midiendo los libros de acuerdo con su capacidad, de modo que sólo estiman buenos a los escolarmente fáciles, de los cuales se puede, a modo de pasatiempo, razonar con las damas; por el contrario, aquellos que requieren del lector mucha y variada erudición, y lo obligan al tormento de una continua reflexión y comparación, son condenados diciendo simplemente "que no se entienden". (Cfr. Ibid., pags. 202-03) d) En carta a Francesco Saverio Estevan, del 12 de enero de 1729, vuelve a insistir sobre aquellos que, a raíz del método cartesiano, creen que "en brevísimo tiempo y con poca fatiga quisieran saber acerca de todo". (Cfr. Ibid., pag. 215). Tanto esta carta como la anterior dan cuenta de la fatigosa encuesta que llevó a cabo Vico para llegar a esa síntesis de la "Scienza Nuova"; al mismo tiempo, se fustiga en ambas el espíritu liviano y fácil del siglo que cree llegar, por "demostración", a un conocimiento que sólo se alcanza con duras fatigas y severas inquisiciones.

Por todo esto nos confirmamos en el espíritu con que debe traducirse el texto de Vico que dio pie para este apéndice. Si recordamos los juicios de Thierry y Villemain sobre el "modus operandi" de Michelet, podemos concluir que el singularísimo traductor, que vio en él a una muerte de fundador de la "filosofía de la historia", pareció olvidar lo que fue en Vico una severísima exigencia filológica. ¿O acaso las lecciones del "sentido común de la humanidad" iba a rastrearlas en las

nubes?

Todavía hay algo que debe tenerse muy en cuenta. Nos referimos al motivo del escrito en el que figura el párrafo en cuestión. En efecto, los académicos de Leipzig le habían imputado a Vico haber escrito la "Scienza Nuova" para defender o sostener los derechos de la Iglesia Católica. Si se prescinde de esta acusación, las expresiones de Vico pueden parecer, incluso, carentes de sentido. En cambio, si estamos atentos al contexto, lo que le preocupa es señalar que su obra nació a raíz de una multitud y variedad de lecturas, de observaciones y reflexiones, en las que parecía condensarse el saber de los siglos. En suma y síntesis, con ese "libros omnes valere iussi", quería indicar que su obra estaba muy lejos de expresar o servir a una sola expresión o corriente de pensamiento, que la "Scienza Nuova" no era el recitado de una cofrade sino el resultado de una severa inquisición en torno a las fuentes de la añeja sabiduría del Mediterráneo. Haciéndose fuerte en este argumento, quedaba de paso rechazada la explícita acusación de unilateralidad doctrinaria.

